

Homenaje

Mariano Cariñena

Mariano Anós

La muerte de Mariano Cariñena ha supuesto una pérdida irreparable para la escena y la cultura de nuestra tierra. Mariano Anós rememora el tiempo en el que ambos comenzaron a ser atraídos por el mundo de la farándula.



Durante la gira por pueblos de León (Cariñena en el centro)

No, no era partidario de la muerte. Sin embargo, finalmente se ha ido con ella.

Se sabe que esta tierra de Aragón produce artistas raros, no hace falta enumerar los más conocidos. Por alguna razón, ya sea el cierzo o la que sea, se dan en cualquier campo de las artes con cierta frecuencia. Singulares, a su aire. Mariano Cariñena lo era.

Deportista en su juventud (natación, pelota mano), fugitivo luego del deporte, estudiante de arquitectura fugitivo, pintor fugitivo más tarde a ratos recuperado, fue el teatro el que acabó por adueñarse por completo de su presa. El teatro es una bestia insaciable.

Como extensión espacial de la pintura, entró por la puerta de la escenografía. Sin dejar de cultivarla, saltó a la dirección y después a la enseñanza del teatro. Durante muchos años fue, además de profesor, director de la Escuela Municipal de Teatro de Zaragoza, luchando no sólo por su funcionamiento sino también por conseguir la oficialización de los estudios (pendiente, ay, todavía).

Quien escribe sobre alguien que se ha ido y con el que ha compartido historias, no deja, no puede dejar, de escribir sobre sí mismo (“conocí a...”). No me hago la ilusión de eludirlo.

Conocí a Mariano Cariñena cuando yo era estudiante que empezaba a asomarse al teatro y él pintor que también. Tenía un estudio con la puerta abierta y un cartel que lo confirmaba: “La puerta está abierta para mis amigos. Bienvenidos a lo que queda de la ilustre ciudad de Sansueña”. Cultivaba un cierto poscubismo y se ganaba la vida hasta que se cansó. Según contaba, pintó un gran número de cuadros parecidos por encargo de un hotel y quedó exhausto, así que dejó de pintar. Recuerdos de recuerdos, no sé si del todo verídicos.

Como incipiente actor aficionado entré en el grupo de teatro universitario que dirigía Juan Antonio Hormigón. Si no recuerdo mal, el primer montaje que dirigió Cariñena, que se incorporó más tarde al T.E.U., fue “La cárcel de Sevilla”, atribuida (al parecer sin mucho fundamento) a Cervantes, de la que hizo una adaptación que incluía algunas canciones.

“ La muerte de Mariano Cariñena ha supuesto una pérdida irreparable para la escena y la cultura de nuestra tierra. Mariano Anós rememora el tiempo en el que ambos comenzaron a ser atraídos por el mundo de la farándula. ”

Se representó como primera parte de un espectáculo cuya segunda parte era “Bilora”, de Ruzante, que dirigió Hormigón. El conjunto se tituló “Holganza de rústicos y chufla de marear cultos”, título que supongo inequívocamente cariñenesco, dada su afición a disfrutar de arcaísmos. Era un montaje de voluntad popular, destinado a una gira por pueblos de la provincia de León que organizaba el llamado S.U.T. (Servicio Universitario del Trabajo), organismo dependiente del S.E.U. (Sindicato Español Universitario). Hay que recordar que estábamos en el franquismo, en cuyos seudosindicatos nos íbamos los rojos infiltrando.

Alojados en casas de campesinos, ganaderos o mineros, actuando en eras, precarios tablados o remolques de tractor, la caprichosa memoria tiñe aquellos comienzos de fervores iniciáticos y fraternidades. Aquí me detengo, en los recuerdos más remotos. La historia posterior, una larga e intensa trayectoria

de dedicación al teatro, es probablemente más conocida: Teatro de Cámara de Zaragoza, Teatro Estable de Zaragoza, Pingaliraina, Escuela Municipal de Teatro...

Así que no voy a pretender aquí hacer un resumen. El extinto Centro Dramático de Aragón publicó el libro de Antón Castro “Conversaciones con Mariano Cariñena”, donde puede seguirse lo esencial de su vida y su trabajo en los diversos caminos que recorrió.

No puedo dejar de referirme a su peculiar creatividad lingüística, sin duda recordada con regocijo por cualquiera que tuviera trato con él. Fue elaborando una suerte de idiolecto, compuesto de arcaísmos, préstamos deformados de otras lenguas e invenciones varias, que muchos de quienes se relacionaron con él llegaron a adoptar, total o parcialmente. Por lo demás, hablaba fluidamente alemán y francés.

Con su “torpe aliño indumentario”, aquel raro cruce de tosco campesino y esteta exquisito, afable y maniático, dogmático y flexible, exigente y humorista, fue sembrando por donde pasó semillas de amor por el teatro y por la buena vida, a lo largo de las generaciones. Apasionado, lo mismo disfrutaba con Hindemith que con Brassens, con Brecht que con Ionesco, con sus mastines del Pirineo que con una buena mesa. Y, por supuesto, con su mujer, con su hijo y con sus amigos.

En fin, eso: un raro, de esos que nos hacen falta.